

LOS HIJOS DE MARZO, por Alberto Pinto Montalbán

Entonces no lo entendí. Al fin y al cabo, solo tenía 14 años cuando todo aquello ocurrió. Tras la enfermedad que se había llevado a padre al poco de nacer yo, mi hermano Ángel se convirtió en el sustento de la familia. Era el único capaz de aportar al hogar en esos momentos difíciles. Aunque, bueno, todos fueron difíciles: no recuerdo un día en que no hubiese que luchar por llevarnos algo a la boca. Y cambiar eso, quisiera o no mi hermano, no estaba en nuestra mano. Bastante agradecidos debemos estar por lo que teníamos. Por eso no entendía qué le había llevado a cometer esa “locura”, como mi buena madre siempre decía. Aquellos días de finales de marzo, cuando Ángel decidió participar de las invasiones de fincas, marcó en su espalda una cruz. Y por ende, en las nuestras. Madre y él se gritaban a todas horas, aunque yo era muy chico como para recordar las palabras exactas. Él se limitaba a sacudir sus panfletos de un lado a otro, como si eso le diese alguna razón inmaculada, y ella los rompía en decenas de cachitos. La verdad es que ninguno de nosotros aprendimos a leer, y Ángel solo debía estar repitiendo lo que escuchaba en aquellas asambleas a las que le arrastraron sus amigos. Pero lo que sí recuerdo con viveza de aquellos días es el miedo. Cómo cada noche, al apagarse la luz, mi madre me abrazaba en la cama y me hacía rezar durante horas, sin permitirnos descanso alguno hasta que Ángel regresara por la puerta sano y salvo. A la mañana siguiente, ella volvía a advertirle, él le volvía a discutir y ambos volvían a gritar. Fueron unos meses nefastos. Todos sabíamos que las cosas no podían quedarse así. Algo tenía que pasar. España era un polvorín, y ellos estaban jugando con fuego. Aunque, cuando un niño se acerca a un polvorín con una cerilla, ¿de quién es la culpa? ¿Del niño jugando a ser adulto o de quien fue acumulando allí esas toneladas de explosivos? El otro bando solo estaba en espera de un pretexto. El polvorín estalló ese mismo verano. Pero mi madre no tuvo la oportunidad de echar la bronca a mi hermano, que marchó junto a los exaltados de inmediato a Badajoz, desde donde organizarían la defensa. En agosto, dejamos de tener noticias de él. No hubo informe oficial de lo que allí ocurrió, pero con la ocupación rebelde y el silencio que le sobrevino, yo lo tenía claro. Aún así, mi madre me tuvo rezando cada noche, sin dormir, hasta navidades. Aprendí a rezar en sueños. Y a odiar a mi hermano por todo lo que hizo sufrir a madre. No volvió a ser la misma. La casa se llenó de fotos y recuerdos de Ángel, un verdadero altar a su memoria, aunque si cualquiera la parase por la calle e incurriera en el tema solo recibía desprecio. No tardé en verme obligado a ser quien decidiera por la familia. Para el 38, con el avance de la guerra, las autoridades militares pasaron de nuevo por el pueblo, el cual se encontraba de capa caída, para un reclutamiento forzoso. Y aunque yo tenía tan solo 16 años, y aún me faltaban cuatro para poder ser obligado, me alisté voluntario con

tal de limpiar de mi familia la mancha que dejó Ángel. Y, con ello, le odié con más fuerza. Seguía sin entender. No quería entender. Y como no lo entendía, meforcé a no pensar en ello. Me asignaron como asistente de un carro de combate. Juro por Dios que no quise yo hacer nunca daño alguno. Tan solo me limité a cumplir órdenes lo mejor que supe y volver a casa cuanto antes. Con el fin de la “contienda”, que es como corregía a la gente cuando nombraban una tal “guerra”, España y yo entramos en una nueva era. No querría ser de los que afirman que con Franco se vivía mejor, porque, como decía antes, todo en mi vida ha sido difícil, pero yo solo sabía luchar. Sobrevivir. No podía pedir nada más, nada salvo mi vida, que me pertenecía. Con este afán por comenzar de nuevo, emigré. Sevilla fue donde fui a parar. Trabajé un tiempo de mozo de almacén, y otro de temporero con la fruta, antes de entrar en el transporte de estas últimas. Conduje un camión los siguientes cuarenta años. Primero con la fruta, como dije, por el área del Guadalquivir, para después ir alejándome con encargos más inusuales. Murcia, Valencia, Cataluña, Francia, Alemania... Incluso una vez visité Dinamarca y de ahí salté en barco dirección Suecia (y todo por transportar una estatua). Muchos de estos viajes implicaban salir el lunes por la mañana, cargar, llegar a la aduana antes de cerrar el día, dormir hasta la hora de cruzar la frontera con todo ya revisado, y conducir día y noche para no llegar de nuevo a casa hasta el domingo por la mañana o, si había suerte, por la noche. Lo justo para acostarse y, al despertar, marchar de nuevo. De esta manera, todo (la mujer, los hijos) era mucho más fácil. En especial, olvidar el calendario. Todos los días eran iguales. Y cada 25 de marzo pasaba como cualquier otro. El ruido del motor me ayudaba a poner la mente en blanco. Los 60 y los 70 pasaron rápido. Probé la Coca-cola por primera y última vez en Alemania, invitado por mi jefe. Era asquerosa. Muerto Franco y entrados los 80, la situación se allanó. Madre nos dejó a los 83 años en el pueblo, de donde no quiso salir jamás. Mis hijos, ya mayores y fuera de casa, dejaron de preguntar quién era el que aparecía en aquellas fotos antiguas. Yo continué con mis viajes. Y entonces lo escuché en la radio. “...*la necesidad de unos símbolos que, por encima de las distintas opiniones político-ideológicas, identifiquen al pueblo extremeño (...) se declara día de Extremadura el 8 de septiembre...*” Paré el motor de inmediato. No es que estuviera en contra de la noticia, pero me encontraba revuelto. Algo emergía de donde lo había enterrado. Me acordé de los del 25 de marzo. Me acordé de mi hermano. De cómo durante tanto tiempo lo había culpado. Entonces era un crío, y durante gran parte de mi vida seguí siéndolo, pero ahora puedo decir que lo entiendo. Y pienso continuar su lucha. Hacer justicia a Ángel y a tantos otros extremeños olvidados. Lucharé por los que fueron valientes, pero también por los que, incluso hoy en día, tienen miedo. Porque el miedo es algo que solo se puede vencer juntos.